



CAPÍTULO XX

Las revoluciones del Africa del Norte

Hasta fines del siglo XVI

I.—Ojeada retrospectiva sobre la historia de África.

PERSISTENCIA DE LA RAZA BERBERISCA.—El África del Norte, entre el Mediterráneo y el desierto de Sahara, forma como una isla. Es el África Menor, y es el África propiamente dicha, pues este nombre de África (*Ifrikia* de los árabes), aplicado primeramente al país cartaginés, al Túnez actual, se ha extendido á la inmensidad del continente. Se le llamó también Berbería (nombre que se encuentra en esta expresión: Estados *berberiscos*), porque se ha dado el nombre de *bereberes* ó *berberiscos* á la raza indígena, que era dueña del país antes de todas las ocupaciones cartaginesa, romana, vándala, bizantina y árabe (1). Lo cierto es que esa

raza está en posesión del África del Norte desde los tiempos prehistóricos; que en el siglo V antes de nuestra era fué descrita por Herodoto con rasgos característicos y nombres étnicos que todavía pueden conocerse hoy; que todos los autores han distinguido además entre sus innumerables tribus: *moros* ó habitantes de las montañas; *númidas* (nómadas), que son los «pequeños nómadas» de las mesetas, y *gétulos*, que corresponden á nuestros «grandes nómadas» del Sahara. En todo tiempo ha hablado esta raza una lengua propia, distinta de las lenguas púnica ó hebrea, emparentada con una familia especial, la llamada *libia* (que abarca también al kopto de Egipto y al kuschita de Abisinia), de la cual es la rama más importante. Esta lengua, hablada en toda el África del

(1) Es discutible la etimología de esta palabra: ¿procede de *Braber* ó *Berber*, nombre de algunas tribus de la región, ó de *Barbari*, nombre que los griegos y romanos daban á los indígenas? El verdadero es el que se daban á sí mismos. Herodoto y Heracleo lo conocían ya con la forma *Mazyi*, y Ptolomeo con la forma *Maziki*. Este es el vocablo que encontramos hoy con formas diversas en un gran número de tribus bereberes: *Mazigh*, *Amazigh* y en la forma *Imazighen*, *Imachar*, «los Libres», y en la forma

tamazig, lengua de los tuaregs. También se puede disertar sobre los elementos etnográficos que han formado esta raza: aborígenes morenos, llamados por los antiguos egipcios *Tamahu*; una inmigración de hombres rubios, altos, llegada al país por una vía no determinada todavía unos 28 siglos antes de Jesucristo, y llamados *Tahennu* (pueblos de tez clara, por los egipcios de la dinastía XIX); cananeos rechazados de Palestina por la conquista israelita; tribus emigradas del Alto Egipto, etc.

Norte, pudo, por lo compacto del área que ocupa, defender su gramática y parte de su vocabulario contra los idiomas extranjeros. Incluso el mismo idioma de los conquistadores romanos que en Italia, Galia, España y aun en el bajo Danubio, sustituyó radicalmente á las antiguas hablas indígenas, hasta el punto de convertirse en tronco de todas las lenguas que hoy se hablan. Ejerció poco influjo en el berberisco. Esta actitud refractaria del lenguaje demuestra hasta qué punto lo ha sido la raza á adoptar ideas é instrucciones extranjeras: África no ha admitido ni cosas ni vocablos adventicios.

Indudablemente los cartagineses trataron de explotar el país, y no de asimilárselo. Se sostuvieron en las riberas, junto á los puertos, y no dominaron el resto del país más que por mediación de los jefes indígenas investidos del manto rojo. No es, pues, asombroso que no haya quedado recuerdo de ellos. Pero los romanos dominaron el país durante cerca de 600 años, llevaron sus avanzadas hasta el Sahara, introdujeron en el Tell millares de colonos, fusionaron su panteón con el de los indígenas, fundaron ciudades populosas, erigieron monumentos cuyas ruinas prodigiosas confunden nuestra imaginación; y sin embargo, fuera de esas ruinas y de millares de inscripciones latinas tampoco ha quedado nada de ellos. Hasta los colonos romanos que quedaron en el país después de retirarse las águilas imperiales, aquellos hijos de latinos, tan fáciles de conocer por su tipo en las montañas de la Kabilia y el Aures, se convirtieron en berberiscos. Además la historia demuestra que nunca estuvo África completamente sometida á la dominación romana: la mayor parte de los países montañosos, como el Deren de Marruecos, el Djurdjura de Kabilia, el Aures (Auras) y la mayor parte de las tribus errantes del Sahara, nunca obedecieron al procónsul. Hasta en las regiones verdaderamente conquistadas, en el Tell y en las mesetas, hubo una serie no interrumpida de rebeliones. Aunque la mayor parte de los africanos abrazaron el cristianismo, nunca lo hicieron con tanto celo como cuando era religión perseguida por los emperadores. En cuanto fué religión oficial, trataron de distinguirse del

pueblo conquistador practicando formas propias suyas de cristianismo, limítrofes con la herejía. El cisma donatista era una de las formas de la resistencia africana contra la ortodoxia imperial. Más adelante hicieron lo mismo con los conquistadores musulmanes. Resistieron mucho tiempo á la propaganda del Islamismo. Dícese que las kabilas del Djurdjura aceptaron hasta doce veces la fe del Profeta para rechazarla después. El nombre de tuaregs que se da á los bereberes del Sahara se ha traducido por apóstatas. Cuando, rendidos ya de luchar, aceptaron por fin los berberiscos el Islamismo, trataron de distinguirse de sus amos adoptando sectas heréticas: el *kharedjismo*, el *chiismo*, el *ibadismo* y el *sufrismo*, tuvieron entre ellos la misma suerte que en otro tiempo el *donatismo* y el *arrianismo*. Los africanos del Norte no llegaron á ser en su mayoría musulmanes ortodoxos hasta pasado mucho tiempo, después de una larga y paciente propaganda, verificada, no con el sable de los primeros convertidores, sino por misioneros aislados ó tribus misioneras (*cheurfa* ó tribus *cheurfa*, plural de *cherif*). Entonces fué también cuando se abrió su idioma á la intrusión de palabras árabes, tomadas casi todas del vocabulario religioso administrativo ó comercial de los conquistadores semitas.

De la historia del África del Norte se deduce una ley. Sus pueblos de raza berberisca son esencialmente anárquicos, apasionados por la división infinita en Estados pequeños, reinos pequeños, repúblicas pequeñas de aldeas, condenados á las guerras eternas entre tribus, entre pueblos, entre *sof* (partidos), y expuestos por lo tanto á todas las sorpresas de la invasión extranjera y conquistables con facilidad. Pero luego sabían rehacerse, organizarse para la defensa, agrupar sus ínfimas unidades en confederación (*kbila*: de donde procede la palabra *kabila*), tratar de la formación de Estados militares y recobrar finalmente su independencia, pero para volver á caer en sus antiguas divisiones y sucumbir á las mismas sorpresas.

Una de éstas fué para ellos la primera invasión árabe, la del siglo VII, cuando empezó Sidi-Okba por conquistar á los berbe-

riscos del Oeste hasta la orilla del Atlántico, y al regreso fué muerto en una batalla por los bereberes del Auras (683). Continuó la conquista, y quien más dió que hacer á los árabes fué una mujer, Dahia-bent-Thabet, llamada la *Kahina* (la Mágica), judía de religión, soberana del Auras, que reunió para la defensa común á berberiscos, romanos y bizantinos. Sin embargo, ni siquiera después de la muerte de la Kahina (703) habrían podido los conquistadores árabes con los bereberes si no hubieran tenido la suerte de poder desviar y utilizar su ardor guerrero impulsándolos á la conquista de España (711). Desde aquel momento pudo ser África gobernada por los delegados de los califas, siquiera nominalmente. Nominalmente, porque el primer cuerpo de conquistadores árabes era hartos escaso para que fuesen realmente dueños del país. En el fondo Berbería seguía siendo berberisca. De todos modos, cuando se trató de disputar á los intrusos el poder político superior, la resistencia de los bereberes tuvo que afectar en adelante una forma religiosa, tomada de la doctrina misma de los conquistadores árabes.

EL IMANATO DE TIARET.—Los adversarios más temibles de los gobernadores árabes fueron los *imanes* cismáticos de Tiaret, Abd-er-Rhaman-ben-Rostem y su hijo. Su doctrina era la de los *uahbitas ibaditas* y *sufritas*, que, de tiempo atrás, se habían hecho célebres en Oriente por su ruptura con Alí, yerno del Profeta. El imanato de Tiaret había tenido la gloria de agrupar á numerosas tribus bereberes y de oponer á los ejércitos sirios muchedumbres de hombres renovadas sin cesar. Ibn-Khaldún nos manifiesta que los ibaditas y sufritas dieron más de trescientos combates á las tropas del imperio. Pero aquel reino ibadita de las Altas Mesetas del Moghreb central, concebido como una especie de Jerusalén celestial, dirigida por concilios, sin ejército permanente, minado por divisiones intestinas, era incapaz de terminar su obra. Los árabes se habían sostenido en las fortalezas bizantinas de *Ifrikia*, y Harun-al-Rachid había organizado allí una especie de Marcha, cuyo mando había entregado á Ibrahim-ben-el-Aghlab

(800) y á sus descendientes los *aghlabitas*.

FATIMITAS Y EDRISSITAS.—Otra forma de la religión musulmana, berberizada más bien que berberisca, pudo más que los aghlabitas. Obeid-Allah, príncipe descendiente de Alí y Fátima, había venido de Oriente llamado por los *Ketama*, tribu berberisca de las cercanías de Constantina, y fundó una dinastía *fatimita*. Echó á los aghlabitas de *Ifrikia* (909) y suprimió el imanato de Tiaret. Conquistó finalmente casi toda el África del Norte, desde el centro de Marruecos hasta las Sirtes. Su biznieto El-Moesz fué más afortunado todavía. Admirablemente servido por los *Ketama* y también por importantes tribus *Sanhadja*, se propuso conquistar á Egipto, lo cual logró su general Djuher, que era *ketami*. Las kabilas fundaron el Cairo. Desde aquel momento (973) la dinastía *fatimita* se hizo oriental, pero continuó reinando en el África del Norte, que administraba en su nombre su virrey *Sanhadji*.

Durante este tiempo, el Moghreb extremo, que llamamos Marruecos, fué en parte conquistado, convertido, administrado y perdido por los *edrisitas*, cuyo fundador, Idris I, descendiente directo de Alí, fugitivo ante los ejércitos del califa abassida El-Hadi, había venido de Egipto (788) y se había establecido en Ulili (antigua *Volubilis*) bajo la protección de la tribu berberisca de los Aureba.

LOS ZIRIDAS.—Á principios del siglo XI el África del Norte ya estaba ocupada casi completamente por Estados berberiscos. Bologuin-ibn-Ziri, teniente del *fatimita* El-Moesz, pero de la raza de *Sanhadja*, extendió su autoridad desde las cercanías de Tánger hasta Trípoli. Poco después de su muerte (983) se repartieron equitativa y naturalmente sus Estados. Su hermano Hammad alcanzó el Moghreb central y estableció la capital en El-Achir. Su hijo se contentó con *Ifrikia*, Trípoli y el Moghreb oriental, y residió en Keruán. Los *Zenata* conservaron el dominio del Moghreb extremo. Resultó de ello (1017) una división interesante de África en tres grandes Estados de límites inciertos todavía, pero que permitían entrever los tres modernos de Túnez, Argelia y Marrue-

cos. También entonces empezaron á concertarse tratados de paz y de comercio entre príncipes africanos y naciones cristianas. Aquella paz y aquel orden relativos no duraron arriba de cincuenta años.

SEGUNDA INVASIÓN ÁRABE.—La segunda invasión árabe (año 1050) ocurrió, como ya dijimos oportunamente, á consecuencia de haber vuelto el zirida á la ortodoxia. Un día, desde lo alto del púlpito de Keruán, maldijo á la familia herética de su soberano el fatimita del Cairo, y mandó rezar la oración en nombre del califa de Bagdad. Ven-góse el fatimita en la propia África, haciendo atravesar el Nilo á las dos grandes tribus árabes de los *Hilal* y los *Solaim*, extremadamente rapaces, y á las cuales habían acantonado sus antecesores en el Alto Egipto, como á manadas de lobos. Á los tres años estaba Ifrikia á merced suya y quizá 200.000 de sus familias ocuparan todos sus campos, cobraran tributos de las ciudades y bloquearan al zirida en su capital. Siguiéron avanzando hacia Occidente. Los berberiscos Zenata quisieron en vano atajarlos. Pequeños príncipes independientes les franquearon sus Estados para guerrear contra sus vecinos. Penetraron los árabes en todas partes menos en los alfoques de las altas montañas, llevaron á todos los llanos devastados sus rebaños de carneros y camellos, dificultaron el comercio, arruinaron la industria y acabaron por hacer de la mayor parte del África del Norte la tierra pobre y pelada que hemos descubierto en este siglo con una especie de horror. Desde el punto de vista etnográfico, la invasión de 1050 produjo consecuencias duraderas: empujados por los árabes, los bereberes que se negaban á soportar el yugo fueron rechazados á un tiempo hacia el Norte y hacia el Sur. Al Norte se atrincheraron en las montañas de Marruecos, de ambas Kabilias, del Auras. Al Sur se pararon en los oasis de los linderos del Sahara (Mzab, Uargla, Ued-Rir, Ued-Suf) ó se internaron en el Gran Desierto; en la región intermedia, la de las llanuras del Tell ó de las mesetas, tribus árabes ó bereberes superpuestas, yuxtapuestas, se penetraron para formar á la larga las combinaciones que tenemos á la vista: tribus ber-

beriskas arabizadas y hasta tribus árabes berberizadas. De todos modos, aunque muchas tribus bereberes acabaron por adoptar la lengua arábica con su religión, el elemento berberisco sigue conservando enorme superioridad numérica.

LOS ALMORAVIDES Y LOS ALMOHADES.—Unos lemta y lemtuna velados, antepasados de los tuaregs, que solían acampar á lo largo del Senegal, habían conocido al fin el Islamismo verdadero é hicieron compartir sus creencias, con las armas en la mano, por una parte á las poblaciones paganas del Norte del Sudán y del Sur del Senegal (1), por otra á todas las tribus marroquíes más ó menos sospechosas de ignorancia ó convictas de herejía. Su sobrenombre de *El-Mrabatin* (los religiosos, los devotos) se ha convertido en almoravides. Abu-Bekr, uno de sus jefes, fué el conquistador y el apóstol de los negros. El célebre Yusuf-ibn-Techufin, primo del anterior, fundó á Marrakech (Marruecos) en 1062 para atemorizar á los montañeses del Deren ó Gran Atlas, conquistó á Fez, dominó el Rif, bajó el Muluya, tomó á Uxda, pasó á cuchillo á toda la guarnición de Tlemcen, entró en Tenes y en Orán, hizo que un hijo suyo tomara á Ceuta, atravesó el estrecho y, como arrastrado por sus propias conquistas, llegó hasta el Norte de Andalucía, y cerca de Badajoz, en Zallaca, libró una gran batalla con el rey cristiano Alfonso VI (1086). Andalucía quedó como anexionada á su imperio. Tomó entonces el título de jefe de los creyentes, pero después de haber proclamado la supremacía del califa de Bagdad; y como el zirida de Keruán había reconocido también la autoridad del califato legítimo, se encontró África sometida por completo á la ortodoxia musulmana, cosa que no había acontecido hasta entonces.

Su hijo y su nieto defendieron sus conquistas, pero durante el reinado de éste surgió una nueva forma de imperio religioso extremadamente brillante. Ya hemos relatado á su tiempo las luchas de los almohades unitarios (*almohadún*) contra los almoravides, que vienen á ser, en resumen, las luchas

(1) Cuando esta conquista del Senegal, se establecieron en el país los bereberes Zenaga, que dieron su nombre á este río.

de los bereberes del Atlas contra los del Sahara. También hemos hablado de su intervención en España.

Abd-el-Mumen no solo derribó la monarquía de los emires almoravides, sino que conquistó de los ziridas decadentes el Moghreb central y con Túnez (1159) á Ifrikia. Sometió á las grandes tribus de los zenata siempre alborotadas. Acabó por deshacerse de los masmuda, y se creó un ejército permanente, compuesto de naciones diversas, de árabes, sudaneses y hasta españoles. Imitando á Augusto, ordenó el catastro de sus Estados, que se extendían desde las Sirtes hasta el Atlántico. De estudiante de teología, de cabecilla de una partida, llegó á ser un gran emperador. Murió en 1163.

Su nieto, Abu-Yusuf-Yakub, llamado El-Mansur (1), reforzó su ejército con árabes invasores, que instaló en Marruecos, se emancipó cada vez más de los bandos almohades, firmó importantes tratados de comercio con las naciones cristianas, especialmente con los pisanos, en 1186, conservó relaciones amistosas con los genoveses, con Saladino y con el papa Inocencio III. Honró las letras, las ciencias y hasta la filosofía en la persona de Averroes, pero sin dejar que ésta amen-guara su fe musulmana. Fué un gran constructor: Sevilla le debe sus mejores monumentos; Marruecos su mezquita sagrada y su mezquita El-Katubin. Su victoria de Alarcos contra los cristianos de España (1185) señala el apogeo de aquel imperio, que, nacido en un barranco del Atlas, superó con mucho en extensión é igualó en civilización á todos los Estados contemporáneos de la Europa occidental. Pero aquella gloria no duró intacta arriba de diez y seis años. Su hijo fué vencido en las Navas de Tolosa (1212). Después de esta sangrienta derrota, debilitados los califas marroquíes por vicios sorprendentes, no merecieron ni el nombre de almohades, que había constituido su fuerza. Uno de ellos, llamado El-Mamún, rompió con el Islamismo, con la memoria venerada de los antepasados. Siempre rodeado de soldados cristianos, principalmente españoles, tomó al frente de ellos á Marruecos,

(1) Almanzor le llamamos los españoles. —(N. del T.)

que se había rebelado (1230), y subiendo al púlpito pronunció esta proclama impía: «No hay más Mahdi que Jesús, hijo de María, y afirmo que toda la historia de nuestro Mahdi no es más que una impostura.» Se casó con una cristiana, hizo una guerra de exterminio á los jeques de la secta unitaria, adornó con sus cabezas cortadas las murallas de Marrakech, construyó en esta ciudad una iglesia para sus mercenarios cristianos, y les permitió tocar las campanas y convertir á los musulmanes. La decadencia fué tan rápida, que Abu-Debbus, último califa almohade, muerto en un combate contra los Beni-Merines (1269), no era más que un cabecilla de partida.

Á pesar de dos invasiones árabes, los bereberes seguían en primer término en la historia de África. Crearon ó adoptaron formas nuevas del Islamismo, interpretando en beneficio propio la teoría del *madhismo*. Fundaron imperios poderosos: el de los almoravides se extendía desde Sevilla, atravesando á Marruecos, hasta las orillas del Senegal y el Níger; el de los almohades abarcó durante cierto tiempo gran parte de España y toda el África del Norte. Los bereberes fueron, con Tarik y sus sucesores, los verdaderos conquistadores de España; con los fatimitas, los de Egipto; con los Aghlabitas, los de Sicilia. Zallaca, Alarcos, las Navas de Tolosa, grandes páginas de la historia universal, son páginas de la historia de los berberiscos. Las capitales de sus soberanos, Sevilla, Marrakech, Tlemcen, Túnez y Keruán, se ilustraron con el esplendor de las artes y las letras, de universidades y monumentos. Y, con haber llegado á ser musulmanes y conquistadores, no perdieron nada de lo suyo propio. Siguiéron siendo bereberes.

FIN DE LA EDAD MEDIA AFRICANA; MERINIDAS, ZEYANIDAS Y HAFSIDAS.—Exagerado sería decir que entonces empezaron los tiempos modernos para el África septentrional, pero es de notar que las monarquías allí constituidas después no tuvieron el carácter exclusivamente religioso de los imperios almohade, almoravid, fatimita y uahbita del gran período anterior. Tampoco aspiraron, como éstos, á la dominación universal. Parece que se había apoderado una especie

de cansancio de las grandes tribus africanas, algunas de las cuales habían hecho el mismo papel que las tribus germánicas más célebres (austrasianos, sajones, bávaros) durante nuestra Edad Media. Los Lemaya y Beni-Ifren se habían agotado en beneficio de los uahbitas y los sofritas; los Ketama en beneficio de los fatimitas; los Lemta y Lemtuna sanhadjianos en beneficio de los almoravides; los Masmuda del Deren en beneficio de los almohades. Las tribus que ocuparon su lugar según la ley indicada por Ibn-Khaldun en sus *Prolegómenos*, no las igualaron en devoción á las altas ideas del Islamismo. Los *merinidas* (Beni-Merín), de los bereberes Zenata, después de haberse instalado en Fez y en Marrakesh, se ocuparon sobre todo en someter á las poblaciones, siempre revoltosas, del Extremo Moghreb. Los zeyanidas (Beni-Zeyan), Zenata también, dueños de Tlemcen, no tuvieron otra ambición dura, dera que pacificar en beneficio propio el Moghreb central. Túnez y parte de la provincia actual de Constantina tocaron á los *hafsidas*, y es de advertir que estos hafsidas no eran ni siquiera una tribu, sino una familia descendiente de uno de los fundadores del imperio de los almohades. Así se vió aparecer á toda luz lo que no se había vislumbrado más que de una manera fugitiva el siglo XI: un Marruecos, una Argelia, un Túnez, de fronteras todavía inciertas y variadas por la guerra, pero que se movían como personas, y á veces presentaban el aspecto de la Francia ó la Inglaterra de la misma época.

La historia de esos Estados, Merinida, Zeyanida y Hafsida, es la de una decadencia. Incapaces de retroceder hacia la Edad Media, sus soberanos no supieron ó no pudieron organizarlos definitivamente en reinos modernos, con ejércitos permanentes, hacienda bien administrada y leyes fuertes y bien obedecidas. Aquellos Estados permanecieron sin formas precisas, en una especie de crepúsculo, y sin llevar á cabo ningún progreso, se debilitaron pronto, merced á sus males interiores, y luego, atacados desde fuera como presas fáciles. Indudablemente, tuvieron algunos momentos de esplendor. Hubo artistas que embellecieron á Tlemcen con monumentos eternamente admirables.

Hubo sabios que desarrollaron con amplitud, en Tlemcen y en otras partes, la enseñanza de la jurisprudencia y la teología. También hubo santos que llegaron á las cimas del misticismo, como Sidi-bu-Medina, venerado como uno de los polos del Islamismo. Florecieron letrados, hombres de Estado é historiadores eminentes, cuyo tipo perfecto es Ibn-Khaldún, pero esas glorias excepcionales no brillaron en razón directa de la buena administración de los reinos. Los soberanos más notables de Fez, Tlemcen ó Túnez, eran, como sus súbditos, harto profundamente musulmanes para consagrar mucha solicitud al mejoramiento de este mundo miserable.

CAUSAS DE DECADENCIA.—Por otra parte, las perturbaciones procedentes, en aquellos tres Estados, de las rivalidades entre tribus, de las ambiciones dinásticas, y sobre todo de la invasión árabe de 1050, que se perpetuaba en una lucha de razas, habían imposibilitado á los genios más brillantes del mundo de crear monarquías duraderas. Los siglos anteriores habían hacinado ruinas sobre ruinas, y lo mismo las ideas que las costumbres de las poblaciones, que allí se encontraban yuxtapuestas, eran radicalmente opuestas á la organización de una sociedad extensa. El primer privilegio que invocaba una tribu poderosa era el de no pagar contribución, y en este caso se hallaban todas las tribus árabes esparcidas no solo por los confines del Sahara, sino hasta en medio de las tierras fértiles del Tell. En nada habían variado sus antiguas costumbres pastorales, que consideraban como atributo de la vida noble por excelencia; destruían todos los recursos de las regiones más ricas, incendiaban ó entregaban á la voracidad de sus camellos los bosques y huertos que quedaban de la antigua colonización, secaban los manantiales é iban arrastrando en pos de ellos los médanos del Sahara. Cierta número de tribus bereberes habitaban también en las llanuras y conservaban los usos de la vida nómada, y otras, semisedentarias, metidas en invierno en cabañas, y llevando por delante en verano sus rebaños de carneros, estaban, respecto á los árabes, en una condición semejante á la servidumbre. Los demás

se habían retirado junto á las montañas, donde les ofrecían fácil refugio mesetas rodeadas de acantilados, ó se habían acantonado en lo interior de ciertas masas montañosas, como el Auras y el Djurdjura, cuyos picos no habían tardado en cubrirse de pueblos amurallados como fortalezas. Las ciudades que no podían comunicar unas con otras más que por medio de malos caminos infestados de bandoleros, quedaban aisladas en medio de aquella barbarie. Unas tenían reyezuelos locales; otras, desmanteladas, no eran más que mercados, de donde sacaban rentas los árabes, sin que entrase nada en las arcas del Tesoro. Eran incesantes las guerras particulares entre tribu y tribu, y para colmo de desdicha, tan pronto atacaba el sultán de Fez al de Tlemcen, como invadía el sultán de Túnez el Moghreb central, tanto más fácilmente cuanto que no los separaba ninguna frontera natural.

EL MOGHREB CENTRAL Á FINES DEL SIGLO XV.—Tanto había adelantado la obra de disolución á fines del siglo XV en cada una de las tres sultanías, que ni siquiera tenían la importancia de grandes confederaciones bárbaras.

En la de los zeyanidas, que equivalía próximamente á las provincias francesas de Orán y Argel juntas, un grupo de tribus árabes, designado con el nombre colectivo de *Mehal*, era dueño de todo el valle del Chelif, desde los alrededores de Miliana hasta la desembocadura del río. Ocupaba todo el Dahra y le pertenecían las ciudades de Tennes, Mazuna, Mazagrán y Mostagán. Todas las tribus bereberes, que seguían labrando aquellas regiones, criando carneros y plantando higueras, le pagaban contribución. Medea estaba en el mismo caso, y la gran montaña del Marensenis estaba llena de sus «rayas». Brekkar y Cherchel iban á ser habitadas por moriscos de España; Miliana era independiente. Los árabes Thaleba habían invadido á Mitidja, sometiendo á Argel á su autoridad. Al Sur de la línea de Tiaret á Boghar, en los páramos indefinidos que siguen hasta el Sahara, vivían á su gusto casi desconocidas tribus árabes, ó tribus berberiscas de supuesto origen árabe.

Al Este, Bugía tenía su sultán. La Gran

Kabilia se dividía en tres grupos que no dependían de nadie: el principado de Kuko, el de los Beni-Abd-el-Djebbar y la confederación de los Flisset-um-el-Lil. Los montañeses del país de Beni-Abbas y de Beni-Aidel obedecían á la familia soberana de los Labez, cuya residencia era Calaa. El sultán zeyanida no mandaba realmente más que en Tlemcen y en Orán, sin contar con que estaba expuesto sin cesar á alguna sorpresa por la parte de Fez y con que cada día debilitaban disensiones de familia la poca autoridad que le quedaba.

II.—Instalación de los cristianos

CONQUISTAS DE ESPAÑOLES Y PORTUGUESES.—El merinida de Fez y el hafsida de Túnez estaban reducidos á la misma mísera condición, de modo que el África del Norte quedaba completamente abierta desde el siglo XV á todas las potencias extranjeras, cualesquiera que fuesen, y precisamente era aquella la época en que españoles y portugueses, arrastrados por las largas luchas que habían sostenido contra los moros, estaban dispuestos á transportar la guerra al propio país de sus enemigos hereditarios.

Los portugueses tomaron la delantera, se apoderaron de Ceuta en 1415, de Tánger en 1437, las perdieron y las recobraron en 1471. Fracasaron delante de Orán en 1501, pero en la costa del Atlántico vengaron á Saffi en 1510 y á Azemmor en 1513.

Los españoles no se pusieron en movimiento hasta después de la toma de Granada (1492), provocados por los berberiscos, que, de acuerdo con los moriscos expulsados de Andalucía, habían organizado la piratería en toda la costa mediterránea, desde Vélez de la Gomera hasta Túnez. El alma de Isabel inflamó el ardor de sus capitanes, y realmente debieron sus primeros triunfos á aquella intrépida reina, hasta en su ausencia. Había resuelto invadir todo el reino de Tlemcen, y su testamento de 1504 decía que nunca debería interrumpirse la conquista de África ni dejar de combatir por la fe contra sus habitantes.

TOMA DE ORÁN POR LOS ESPAÑOLES.—En 1505 don Diego Hernández de Córdoba, más adelante marqués de Comares, tomó á Mers-

el-Kibir. Á los dos años avanzó hasta Misergin para lograr botín, pero sufrió al regreso una gran derrota. La remedió invitando al cardenal Cisneros á apoderarse de Orán, donde contaba con inteligencias. No muy á gusto del rey Fernando, reunió el heroico cardenal un ejército de 4.000 jinetes, 12.000 piqueros y 8.000 aventureros que pagaba él. La escuadra que le llevaba comprendía 33 bajeles, 22 carabelas, 6 galeotas, 3 barcos chatos, una fusta y 19 chalupas. Tomó el título de capitán general, confió el mando á Pedro Navarro y se dió á la vela para Mers-el-Kibir. De allí el ejército salió para Orán y tomó la plaza por asalto al grito de ¡Santiago y Cisneros! 4.000 musulmanes perecieron, 8.000 cayeron prisioneros y el cardenal hizo su entrada por mar en una embarcación magnífica, encima de la cual flotaba un gallardete bordado con la cruz y la divisa: *In hoc signo vincas* (1509).

PEDRO NAVARRO.—Nombrado don Diego gobernador de Orán, Pedro Navarro se dirigió el mismo año contra Bugía, mal defendida por Abd-el-Aziz, príncipe hafsida. Se apoderó primero de la montaña que dominaba la ciudad, y ésta fué evacuada por sus defensores. Dellys y Argel se apresuraron á noticiarle su sumisión. Prosiguió su camino hasta Trípoli, que fué arrasada (1510). Á su regreso tomó posesión de un islote que se encontraba enfrente de Argel (*El Djezair*, las islas) y construyó en él una fortaleza. Fué el Peñón, cuyos cañones podían batir la ciudad á distancia de 300 metros. Tenes se había entregado ya al gobernador de Orán. El zeyanida de Tlemcen envió sus respetuosos homenajes hasta España.

CARÁCTER REDUCIDO DE LA OCUPACIÓN ESPAÑOLA.—Si la monarquía española hubiera aprovechado tan hermoso triunfo, se habría internado mucho en el África del Norte, pero no estaba dispuesta á emprender semejante conquista. Para ello habría sido necesario que no estuviera ocupada en Europa ni en América y que sus tropas de África fueran mucho más numerosas y mejor abastecidas. Sobre todo, habría hecho falta que Carlos V y sus ministros hubieran tenido la firme voluntad de crear lo que llamamos hoy un imperio colonial. Para sus designios les

bastaba conservar en la costa algunos puntos bien escogidos; se limitaban á una ocupación reducida, y la experiencia ha demostrado más de una vez los frutos que da ese sistema. Isabel anduvo más acertada cuando proyectó la conquista completa del reino de Tlemcen. No tardaron los españoles en dejar de ser agresores para defenderse. Las tribus kabileñas se entretenían en tenerles siempre alarmados. Bloqueados é imposibilitados de sacar nada de los alrededores de sus plazas fuertes, todo lo esperaban del mar. En el Peñón de Argel había que traer el agua dulce de Baleares. Las dificultades de la navegación en invierno, y especialmente el descuido de la administración militar y civil, que era independiente del mando, los reducían á veces á la más extremada miseria. «En Bona—dice una memoria oficial—los soldados no tienen ni para comprar una sardina; en Bugía se deben 18 meses de soldada á las tropas, y los hombres desertan para irse á Indias; en el Peñón se estaban muriendo de hambre cuando varó delante del puerto un buque cargado de trigo. Ahora todo marcha bien, pero no conviene tentar otra vez á Dios.»

REACCIÓN DEL ISLAMISMO.—Aquellos repetidos golpes asestados al África musulmana desde las riberas del Atlántico hasta las Sirtes habían tenido gran resonancia en las honduras del mundo musulmán. La reacción del Islamismo, provocada por las agresiones portuguesas y españolas, afectó dos formas diferentes: en Marruecos, el Jerifato; en Túnez y Argel, la conquista otomana.

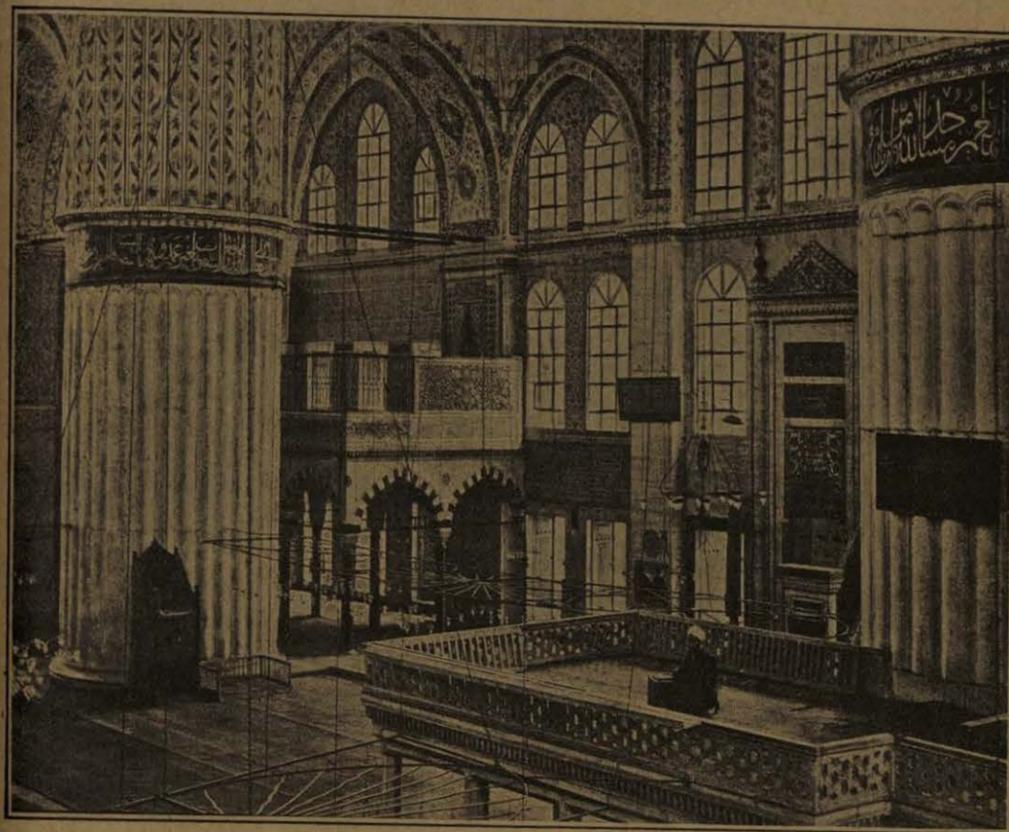
III.—El Jerifato en Marruecos

DEBILIDAD DE LOS MERINIDAS.—«El año 1502 de nuestro Salvador Jesucristo, reinando en Fez Muley-Elotaz-Merin, y en Marruecos Muley-Naza-Bugentuf-Elenteta, toda Mauritania y Tingitania ardían en guerras, y casi todos sus pueblos vivían en libertad, sin quererse sujetar unos á otros, y el poder de los benimerines (merinidas) era muy inferior á lo que solía ser, y los árabes que vivían por los campos, haciendo cada cual lo que mejor le parecía, se robaban y mataban unos á otros; lo mismo hacían entonces los

bárbaros de los montes del Atlas que se llaman Claros-Montes.» (Diego de Torres.) Esta extraordinaria debilidad había dado á los portugueses ocasión para acrecentar sus posesiones en la costa del Atlántico. En 1513 reinaba don Manuel en Ceuta, Alcázar-Srir (el pequeño), Tánger, Arzila, Azemmor, Saffi y Santa Cruz de Cabo de Aguer. Los capitanes de Azemmor y Saffi, sostenidos

cho su patria, y lograron llevárselos consigo á ella. Unos de estos cheurfa, llamados *saadianos*, se establecieron en el Ued-Draa, y otros, llamados *hasanianos*, en Sidjilmasa, tomando desde entonces el nombre de *Filali*. Los primeros dieron una dinastía á Marruecos en el siglo XVI; los segundos la dieron en el XVII, la que reina hoy.

APARICIÓN DE LOS CHEURFA SAADIANOS.



Interior de la mezquita de Ahmed

por un partido indígena, hacían incursiones al interior.

LOS CHEURFA DEL SUR MARROQUÍ.—El Extremo Sur marroquí, los valles arenosos abiertos por los ríos intermitentes del Ued-Draa, los oasis perdidos en los arenales, como el de Sidjilmasa ó Tafilala, con sus poblaciones bereberes muy mezcladas con árabes, formaban una reserva llena de fanatismo nuevo y fe ardiente. En el siglo XV unos peregrinos procedentes de estos países habían encontrado, no lejos de la Meca, á unos *cheurfa*, á quienes juzgaron verdaderos descendientes del Profeta. Les ponderaron mu-

—El sultán merinida andaba entonces muy ocupado contra los portugueses de Ceuta, Alcázar-Srir, Tánger y Arcila; la gente del país de Sus, abandonada á sí misma, se veía hostigada por los portugueses de Azemmor, Saffi y Santa Cruz de Cabo de Aguer. Contra estos enemigos de la verdadera fe buscaron un jefe inspirado por Dios. Primero se dirigieron á un morabito llamado Ben-Mbarek, pero éste les dijo: «Hay en el Ued-Draa, en Tigumdet, un jerife que predice que está reservada gran gloria á sus dos hijos; dirígios á él y colmará vuestros deseos.» Este jerife, de la familia saadiana, se llamaba